

HOMILÍA XXIII DOMINGO TIEMPO ORDINARIO – 2011 CICLO “A”

Unas palabras del Papa Benedicto XVI

“Seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario. Quien cede a la tentación de ir “por su cuenta” o de vivir la fe según la mentalidad individualista, que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo, o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él.

Tener fe es apoyarse en la fe de tus hermanos, y que tu fe sirva igualmente de apoyo para la de otros. Os pido, queridos amigos, que améis a la Iglesia, que os ha engendrado en la fe, que os ha ayudado a conocer mejor a Cristo, que os ha hecho descubrir la belleza de su amor”

(Homilía. Misa en Cuatro Vientos. 21-VIII-2011).

1.- Lecturas

*** Profeta Ezequiel 33, 7-9.** Dios nos pide corregir con verdad y paciencia al que se equivoca, al que peca para que se aparte de su mala conducta. Si no lo hacemos, Dios nos pedirá cuentas.

*** Salmo responsorial 94.** El salmista nos invita en este salmo a prestar atención a Dios que nos habla: “Ojalá escuchéis hoy su voz: no endurezcáis vuestro corazón».

*** Carta de san Pablo a Romanos 13, 8-10.** Amar es cumplir la ley entera. Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es la ley en su plenitud.

*** Evangelio según san Mateo 18, 15-20.** El Señor nos invita a corregir al que peca: “si tu hermano llega a pecar, vete y repréndele a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano”.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- La corrección fraterna

Es el tema central de estas lecturas.

Dios a través del profeta Ezequiel, en el Antiguo Testamento invita a corregir al que peca para que cambie de conducta y comportamiento, y se salve. A la luz de las palabras del profeta, tenemos la responsabilidad de advertir al pecador para que se corrija, se arrepienta y no peque más.

Jesús nos llama también a practicar la corrección fraterna con el que peca, aunque vivamos en una sociedad permisiva y estemos dentro de una cultura que olvida el pecado. Nos muestra la manera cómo hemos de proceder en la corrección, que ha de ser siempre fraterna.

Una de las obras de misericordia que aprendimos cuando éramos niños era: “corregir al que yerra”, “enseñar al que no sabe”. Las recordamos con gozo.

Eran actitudes, valores que iban construyendo la personalidad.

Eran criterios morales referenciales para el pensar, querer y obrar...

Los padres, los catequistas enseñaban a sus hijos a discernir el bien del mal, la verdad de la mentira...

Hoy debemos seguir enfrentándonos a la maldad, a la iniquidad y a la injusticia ante las cuales no cabe la indiferencia.

Hemos de denunciar el mal personal y colectivo porque es contrario a la voluntad de Dios y a la dignidad de todo ser humano.

2.2.- ¿Cómo debemos realizar la corrección fraterna?

*** con verdad.** Es lo primero de todo. No nos dejemos arrastrar nunca por la mentira, por la calumnia; no nos dejemos llevar por el mero rumor. Todo esto hace mucho daño tanto a quien lo realiza, como a quienes lo sufren. Jesús nos dijo: “Si os mantenéis fieles a mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn.8,31-32).

*** con discreción.** No se trata de ridiculizar a quien ha cometido un error o se ha equivocado. No es bueno humillar a quien ha cometido una falta. Por estos caminos no debemos ir nunca. No podemos destruir a nadie. Miremos a Jesús que, siendo nosotros pecadores, entregó su vida por todos los hombres, por todos nosotros; por ti también. Las palabras de Jesús nos iluminan y nos muestran cómo hemos de actuar: “si tu hermano llega a pecar, vete y repréndele, a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano” (Mt.18,15). El insulto, la descalificación...no son métodos ni medios para corregir a nadie. Eso lo hunde más en sus debilidades, faltas...

*** con paciencia.** Tengamos paciencia y comprensión ante el que ha cometido una falta. No seamos “impacientes”; demos tiempo a las personas para la reflexión, para el cambio, para la conversión. No pretendamos conseguir de las personas cosas que necesitan tiempo de maduración, de profundización. Seamos pacientes. Dios nos sostiene a nosotros que nos equivocamos tantas veces, que cometemos pecados... con

su amor y su paciencia inmensa dándonos tiempo para la conversión, la reforma de vida, la renovación de nuestro corazón (cf. Rm.3,24-26). Por eso, no te desanimes ni pierdas la paz si ves que tu hermano no te hace caso; si ves que no se corrige. Reza mucho por él y acompáñalo en el camino de su vida que tal vez tenga heridas que tú no conoces.

*** con delicadeza.** La delicadeza es expresión del amor y del cariño hacia los demás. No hundamos a quien ha caído. Ayudémosle a levantarse. ¿Sabes? Tú y yo,...también podemos caer y equivocarnos...Y nos gustará que haya alguien que, con desinterés y amor, nos dé su mano amiga y nos ayude a levantarnos...El Padre bueno de la parábola acoge al hijo que vuelve a casa; y lo acoge con cariño y comprensión, invitando a su hermano que lo acoja también así (Lc. 15,11-32). Una madre buena está cerca de su hijo que se equivoca, lo acoge siempre, lo perdona...Es el hijo de sus entrañas. No lo deja ni lo abandona aunque siga equivocándose y retornando a casa, roto por dentro y destrozado por fuera...

*** con amor.** El amor ha de dar sentido a nuestra corrección. Decía San Pablo: “la caridad es paciente, es servicial; la caridad no toma en cuenta del mal; no se alegra de la injusticia. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta” (ICort.13,4-7). Cuando se ama de verdad a alguien, uno está pronto y dispuesto a perdonar, disculpar, comprender...

Recordemos estas palabras de San Pablo: “la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros pecados, murió por nosotros” (Rm.5,8).

Insertamos aquí estas palabras de San Juan: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros” (IJn. 4,10-11).

Tengamos siempre en cuenta que si denunciemos el mal no es para herir a nadie ni para destruir su dignidad, sino para ayudar al hermano a recuperarse y hacer que nunca más dañe ni a sí mismo ni a la comunidad en la que vive, ni a la humanidad a la que pertenece. La finalidad única de la corrección fraterna es salvar al hermano, nunca hundirlo, y menos destruirlo.

3.- De la palabra a la Eucaristía

Confortados con la Palabra del Señor, participemos en la Eucaristía con verdadera fe y esperanza. De ella sacaremos fuerza para ser testigos del Señor y de su Evangelio en la vida de cada día.

4.- De la Eucaristía a la misión

Desde el encuentro y la experiencia de Jesucristo muerto y resucitado, salimos y volvemos a la ciudad, al mundo, a casa... Que nuestra vida, nuestro comportamiento, nuestras palabras...sean luz que ilumine, y fuerza que ayude a otros a caminar por las sendas del Evangelio de Jesucristo.

Terminamos. Unidos en la plegaria
Cáceres, 29 de agosto de 2011

Florentino Muñoz Muñoz